

PRIMERAS PÁGINAS

Al otro
lado
del
Destino



Carola Vercaigne



1. EL SILENCIO

El rítmico traqueteo del vagón removía su cabello en un vaivén sinuoso que se acompasaba con la música que sonaba a todo volumen en sus oídos. David Bowie cantaba *Life on Mars?* con esa voz desgarrada que a Elia tanto le gustaba.

«*¡Oh man! Look at those cavemen go. It's the freakiest show*», cantaba ella también para sus adentros. «*Take a look at the...*».

Su voz mental se acalló unos segundos después de que David enmudeciera, igual que toda la banda musical que lo acompañaba. Refunfuñando, Elia soltó un resoplido, abrió con brusquedad la cremallera del bolsillo pequeño de su mochila y, tirando del cable de los auriculares, sacó el móvil haciéndolo volar hasta su mano. *¡Apagado!*

«No puede ser», pensó con un ligero sentimiento de angustia, sin atreverse a mirar más allá de la pantalla.

Como era habitual, las voces no se hicieron esperar y resonaron en el interior de la cabeza de Elia de un modo tan estruendoso como lo harían las campanas anunciando las doce si se encontrara justo bajo ellas.

Y es que su mente era como una autopista donde las conversaciones mentales de los que la rodeaban transitaban con libertad sin necesidad de pagar peaje, y podía oír todos y cada uno de los pensamientos de las personas que abarrotaban el vagón del metro en el que se hallaba.

«*¿Me he dejado el gas abierto? No, juraría que lo he apagado. ¿Lo apagué? Debería volver a casa, pero entonces... llegaré tarde al trabajo. Sí, creo que lo apagué...*».



«Tenía que habérselo dicho, ¿por qué no se me ocurrió en su momento? Se cree muy listo, pero yo le demostraré que lo soy más. Si se cree que puede robarme mi idea e irse de rositas se equivoca...».

«Pasta de dientes, lechuga, algo para cenar. ¿Qué cenamos? Uff, compraré pizza. ¡Ah no! Eso lo cenamos ayer. ¿O fue otra cosa?».

Apretó los dientes y miró ofuscada la pantalla en negro de su móvil. Presionó el botón de encendido y, por un breve instante, el dibujo de una batería parpadeante iluminó el oscuro cristal. Volvió a resoplar. ¿Cómo no iba a tener batería?

—Es imposible —masculló en voz muy baja, sintiéndose cada vez más exasperada.

Puede que Elia se olvidara de hacer los deberes o que incluso se dejara el almuerzo en la encimera de la cocina después de habérselo preparado, cosa que le ocurría con frecuencia, pero jamás se permitía quedarse sin batería. Más teniendo en cuenta que lo más importante para ella era evitar por todos los medios la situación en la que se encontraba en esos instantes. No quería oír, no necesitaba saber si alguien pensaba declararse a otro alguien o si sufría por algún motivo concreto. No era asunto suyo y no quería que lo fuera. Quizás para muchos el extraño poder que ella tenía podía ser algo estupendo y fabuloso, pero para Elia era un lastre. Una roca enorme y voluminosa que se interponía entre ella y cualquier posible relación de amistad fuera de su ámbito familiar.

Recurriendo a su antigua técnica, antes de que a Dash se le ocurriera la maravillosa idea de regalarle un reproductor de música, Elia clavó sus ojos ambarinos en el suelo metálico y sucio del vagón.

»Distrito Oeste«. Anunció la voz de megafonía, neutra y carente de pensamientos adheridos.

Suspiró agobiada. Cinco paradas más y acabaría la tortura del metro hasta que tuviera que volver cuando terminaran las clases. Miró de refilón por la ventana que tenía enfrente, apreciando cómo el tren reiniciaba su marcha y se adentraba en el interior del oscuro túnel ocho. En un minuto pasaría por el tramo que más detestaba. No tenía ni idea de lo que había en ese lugar, pero por los gritos que emergían de él y que le ponían la piel de gallina como si se hubiera metido en una bañera llena de hielo, no debía ser nada bueno. Puede que en algún momento de la historia ese lugar hubiera sido un antiguo búnker de guerra utilizado como hospital, unas mazmorras de prisioneros o algo por el estilo, donde un montón de almas difuntas se habían quedado atrapadas para siempre. Porque la maldita telepatía de Elia no se



limitaba a los vivos, a veces los pensamientos de los muertos, sobre todo de aquellos que habían tenido un final trágico, también perduraban en el tiempo y llegaban a ella igual que ráfagas de aire helado.

Tragó saliva y contuvo la respiración cuando llegó el primer pensamiento susurrado desde el túnel.

«*iLuz!*».

Sintió que el aire de la palabra le silbaba en los oídos y que la piel del cuello se le quedaba entumecida. Aguantó la estocada observando sus zapatillas de loneta verdes como si no hubiera nada más interesante en el mundo. Eran unas Converse normaluchas, estaban tan desgastadas que la tela se veía raída y fea, pero por mucho que su madre se quejara de las pintas que tenía con ellas, le daba igual porque eran sus preferidas. Apretó con fuerza el móvil inútil que ese día la había dejado más tirada que una colilla y esperó con una paciencia infinita a que el tren dejara atrás el odioso tramo y las voces venidas de ultratumba.

»Distrito Legal«.

Desde su asiento vio cómo los tacones, botas, zapatillas y calzado de los que estaban de pie se movían a toda prisa a un lado y a otro, intercambiando posiciones antes de que las puertas volvieran a cerrarse y el baile se detuviera hasta que comenzara de nuevo en la siguiente parada. Seguía con la vista fija en una mancha del suelo cuando, delante de ella, a poco menos de dos palmos de sus rodillas, se plantaron un par de botas marrones bien lustradas y con las cordoñas atadas con unos lazos simétricos.

Pellizcándose el labio dejó la mancha a un lado y se concentró en su nuevo entretenimiento. Su madre solía decir que el calzado de las personas hablaba mucho de estas y alguien que se molestaba en atarse los cordones con tanto esmero para que los lazos quedaran a la misma altura tenía que ser un perfeccionista de cuidado. Curiosa, fue levantando la vista, recorriendo la pernera del pantalón caqui de pinzas con la raya bien planchada.

«La perfección va de punta en blanco».

Llegó al cinturón. Por supuesto, los agujeros no estaban cedidos y el charol castaño brillaba. Poco a poco ascendió por los botones de la camisa verde oliva, tan bien planchada como lo estaba el pantalón. Justo antes de llegar al final que ya ansiaba descubrir, un libro se interpuso en su campo visual. *Subsuelos de ciudad*, leyó. Arrugando la nariz por el extraño título, se fijó en las manos del que ya intuía que era un chico joven por la complexión física que iba descubriendo en su



ascenso. Uñas cortas y limpiísimas. Dedos largos y delgados.

«Oh, ¡está herido!», se sorprendió al apreciar las cuatro costras que marcaban sus nudillos. «¿Se habrá peleado?».

Emitió un sonido de regodeo, esa persona cada vez le parecía más interesante. Dejó de pellizcarse el labio y desvió la mirada, no quería ser demasiado descarada y que el chico la pillara infraganti, así que, con disimulo, levantó la barbilla y recogió un mechón de su pelo rubio ceniza detrás de su oreja, al mismo tiempo que barría el vagón con la mirada como si estuviera dando un paseíto casual. Por fin, con un irrefrenable deseo de concluir su aventura, llevó sus ojos al libro y fue alzando la vista para descubrir lo que quedaba tras él. Acababa de convertirse en una alpinista a punto de alcanzar la cima más alta del mundo y el corazón le latía con una fuerza devastadora.

«¿Pero qué me pasa?», se preguntó sin entender por qué se sentía tan sofocada.

Al posar sus ojos sobre el rostro del muchacho una sensación de vértigo la recorrió de arriba abajo, lanzándole chispazos por todo el cuerpo. Estaba mareada, confusa y muy acalorada. Trastocada, se echó hacia atrás sin poder apartar la mirada del chico. Sus facciones eran afiladas; los labios, aunque los apretaba un poco, se veían carnosos y tan apetecibles que, sin ser consciente de ello, Elia se imaginó acariciándolos con delicadeza, perfilándolos con las yemas de sus dedos. Se fijó en sus grandes ojos enmarcados en unas pestañas castañas muy tupidas. Aunque lo intentó, fue incapaz de acertar en el color. ¿Negros, marrones, azules...? Gracias a que estaba absorto en su lectura, el muchacho no había reparado en ella ni en el descaro con el que lo observaba, pero por cómo fruncía el ceño, debía de estar leyendo algo que no terminaba de gustarle. Con un nudo gigante presionándole la garganta, Elia terminó su examen en el cabello revuelto que daba un toque perfecto de rebeldía a la anatomía que la tenía tan abrumada.

»Distrito de los Sauces«.

Antes de que las puertas se abrieran, como si todas aquellas personas fueran juguetes y les hubieran dado cuerda al mismo tiempo, empezaron a moverse por el vagón en un ir y venir de pasos inestables a los que se sumaron la algarabía de pensamientos que Elia no pudo eludir por mucho que quisiera.

«*Ay, que me deje pasar que no llego y me van a despedir*».

«*Quítate de una maldita vez de en medio*».

«*¿Por qué no se coloca ahí?*».

«*¡Cuánta gente hay en este vagón, tenía que haber ido al otro!*».



«Hay un sitio, que no me lo quiten»...

«Blablablá», rezongó con desgana. La gente no se cansaba nunca de pensar. ¡Qué agonía!

Soltando un resoplido ofuscado, bajó la mirada a sus pies a tiempo de ver que las botas del chico se unían a la marabunta y se alejaban de ella. Horrorizada, abrió la boca y negó con la cabeza, pero al levantar la vista con brusquedad, comprobó aliviada que el muchacho todavía no se iba, tan solo hacía hueco para permitir que una anciana encorvada ocupara el asiento que acababa de quedar libre a su lado.

—Gracias, joven —dijo la mujer con esa voz entre suave y cansada que suelen tener las personas mayores.

Con cordialidad el chico estiró sus labios hacia un lado y le dedicó a la señora una sonrisa amable. Después, dando dos pasos atrás, se asió con una mano a la barra que Elia tenía enfrente y, como si nada, siguió con su lectura.

«Menos mal».

Aunque tenía que reconocer que le molestaba que el muchacho se hubiera apartado de ella, la verdad era que estaba encantada con los descubrimientos y todos los detalles que iba almacenando en la carpeta imaginaria que había creado en su cerebro con el título de: *Los chicos perfectos tienen un aire rebelde y son amables con las abuelitas*.

Otra vez se pellizcó el labio, pensativa. ¿Cómo podía una persona ser tan atractiva? Llevaba más de dos años usando la línea Verde de metro para ir al instituto y esta era la primera vez que no quería que llegara su parada. Ya no le parecía tan malo que su móvil se hubiera quedado sin batería, del mismo modo que tampoco le molestaban los quejidos mentales de los que estaban cansados y no querían ir a trabajar, ni las fanfarronerías que pensaban los jóvenes que, como ella, también iban a clase. Por no decir que le daba igual la grosería que acababa de pensar uno de esos jóvenes sobre una chica pelirroja que enseñaba tanto escote como piernas. La imponente presencia de: *El chico perfecto pero rebelde*, era para ella como un Valium para un hiperactivo.

Amparándose en la gente que ahora se interponía entre ellos dos, cual contorsionista, Elia buscó con la mirada los huecos que le dejaban el camino libre hasta su cara. Una cara que no quería dejar de ver y que, en cierto modo, le resultaba familiar. ¿Sería algún modelo o actor famoso?

«Mmmmm... Está buenísimo».

Igual que ella, la chica pelirroja acababa de reparar en el atractivo muchacho y su cerebro gritaba lo que su boca no se atrevía a decir. Al



mirarla, Elia torció el gesto. Aquella chica era mil veces más guapa y llamativa de lo que ella jamás podría ser ni sometiéndose a un cambio radical de cirugía estética. Con una rápida ojeada barrió el vagón y chasqueó la lengua corroborando lo que ya se temía. La pelirroja y ella no eran las únicas a las que el arrebatador muchacho había embelesado con su físico. Muchos habían clavado sus ojos y pensamientos en él. ¡Normal! Lo raro sería lo contrario. Era tan guapo que debería ser obligatorio mirarlo sin pestañear por lo menos una hora al día.

«Sería una prescripción médica estupenda».

Apartando a las demás de su mente, Elia volvió a fijarse en el chico y un montón de preguntas revolotearon en su cabeza: ¿Cómo te llamas? ¿Quién eres? ¿A dónde vas? Una imperiosa necesidad de darles respuesta se apoderó de ella. Quería saberlo todo y no era por un mero capricho, sino porque lo necesitaba de verdad.

«¿Y a qué espero para hacerlo?».

Sonrió como una niña traviesa y se pellizcó el labio con más fuerza. Su telepatía no tenía por qué ser siempre mala. A veces, como era el caso, podía tomarse como una ventaja, así que, concentrándose con todas sus ganas, en su mente comenzó a desenredar la madeja de pensamientos que llenaban el espacio, esmerándose en encontrar el hilo del que quería tirar. Los había de todos los colores y formas. Cada hilo conectaba con cada una de las personas que la acompañaban en el vagón. Algunos relucían, otros eran oscuros como el alma de a quienes pertenecían: alegres, tristes, cansados, ofuscados y furiosos. Buscó el que le interesaba. ¿Dónde estaba? A ver, a ver...

«¡No puede ser!». Su cuerpo se estremeció, la boca se le secó dejándole la lengua acartonada y unas gotas de sudor frío se deslizaron por su espalda. «No. Puede. Ser», se repitió pasmada, con su mano imaginaria rozando los inservibles hilos.

—Joven, jovencita... —La anciana que tenía a su lado la llamaba; la misma a la que el chico que la hacía estremecer le había cedido el sitio. Elia tardó unos segundos en reaccionar.

Poniendo todo su empeño se dignó a prestarle atención a la mujer y, lo que era más difícil, apartar la mirada de: *El chico perfecto pero rebelde y, ahora también, más enigmático que ninguno de los ocupantes de este vagón de metro de la línea Verde.*

—¿Sí? —Su propia voz le sonó tan aguda que hasta le costó reconocerse en ella.

—Se te ha caído el móvil.

«Estas niñas de hoy en día no tienen vergüenza. Son todas unas frescas.



Hay que ver cómo se come al muchacho con los ojos ¡Habrase visto tanto descaró! En mis tiempos esto no pasaba. Las mujeres nos dábamos a valer...».

La mayoría de las veces sucedía así, la gente te decía una cosa y te mostraba una cara afable cuando la verdad era que por dentro eran lo peor... o bueno, menos simpáticos de lo que aparentaban.

Por un instante se le pasó por la cabeza responder la mezquindad de la señora con la misma moneda, pero optó por la vía fácil, contenerse y morderse la lengua. Siempre lo hacía, lo contrario sería contraproducente.

Desencantada, recuperó su móvil del suelo y le dedicó a la mujer una sonrisa de gratitud. Sí, ella también podía ser una falsa.

»Distrito de las Letras«.

En cuanto las puertas del vagón se abrieron de par en par, los ojos de Elia hicieron lo mismo al ver que el muchacho cerraba su libro y se movía dándole la espalda para incorporarse al grupo de los que salían.

«¡Se baja!».

¡No! Una mezcla de horror y desesperanza amenazó con asfixiarla. El chico se iba, lo perdía y quizás para siempre porque, ¿cómo saber con seguridad que sus caminos volverían a cruzarse?

«No, ¡no te vayas!».

Sin concederse ni una milésima de segundo para pensar y dejándose llevar por un arrebató, se levantó de su asiento. Lo hizo con brusquedad y con la vista clavada en la espalda del chico, que salía del vagón y se alejaba cada vez más de ella. Tenía preguntas que responder, necesitaba saber quién era, no podía dejarlo marchar.

A sus oídos llegó el pitido chillón de aviso. Las puertas se iban a cerrar y el tren dejaría la estación. Elia contuvo el aliento y empujó con fuerza a los que tenía delante, obligándolos a que se apartaran.

«¡Eh, más cuidado!».

«¡No empujes!».

—¡Dejadme salir! —siseó con los dientes apretados.

Faltó poco para que las puertas la aprisionaran tal y como ocurrió con la correa de su mochila y, cuando la máquina comenzó su marcha, Elia tuvo que tirar con fuerza para desengancharla. Escuchó el rasgado de la tela tan lejano como todos los pensamientos de irritación que le dedicaban aquellos a los que había empujado sin miramientos. Rápida, echó a correr en la dirección en la que había visto irse al chico y llegó a las escaleras mecánicas que ascendían hacia la superficie a tiempo de verlo doblando una esquina a la derecha.

—Perdón, perdón, perdón... —Iba disculpándose conforme pedía



paso.

Salió a trompicones por las puertas acristaladas y la luz grisácea de la mañana la obligó a parpadear varias veces hasta acostumbrarse a la luminosidad del cielo. Ese era el típico día de primavera en el que lo mismo te caía un chaparrón de mil demonios, que hacía un calor de muerte. Elia miró a sendos lados con agitada indecisión.

«¿Por dónde se ha ido?». Conocía un poco el Distrito de las Letras porque era el mismo donde trabajaba su madre, aunque, aparte del camino directo que la llevaba a la biblioteca, había transitado poco por allí. De pronto, pensar en toparse con ella le hizo experimentar un sentimiento de congoja. ¿Y si Marga la pillaba por ahí haciendo novillos? ¿Cómo podría explicárselo? «Es el último día de clase antes de las vacaciones primaverales, no me estoy perdiendo nada relevante. Además, si le explico el motivo...».

Frunció el ceño. Daba igual el motivo, su madre no vería con buenos ojos que su hija de dieciséis años, —casi diecisiete—, se saltara las clases para perseguir a un chico. Las reglas eran muy claras: ir de casa a clase y de clase a casa. Nada de desviarse, nada de perseguir extraños por muy guapísimos e interesantes que fueran.

Agitó la cabeza para apartar las horripilantes ideas que se le ocurrían y se centró en lo que la había llevado allí: *El chico perfecto pero rebelde, con un misterio que ella necesitaba desvelar.*

«¿Pero dónde está?», gritó su subconsciente con impaciencia.

El corazón le dio un vuelco cuando lo distinguió al final de la acera, cruzando la calle. Andaba con pasos largos y la vista al frente, el libro seguía en su mano, cogido de las tapas, meciéndose atrás y adelante como lo hacía su brazo. Con un movimiento rápido, Elia se acomodó la mochila al hombro y reinició su atropellada carrera con la respiración cada vez más agitada. A medida que los metros que los separaban disminuían, las dudas se fueron intensificando y convirtiéndose en arañas de afiladas patas. Había actuado por instinto, sin trazar un plan previo y sin pararse a pensar en lo que haría cuando lo alcanzara. ¿Qué le diría? ¿Cómo le explicaría que necesitaba conocerlo? Que necesitaba saber por qué no...

De pronto todas sus dudas enmudecieron para ser remplazadas por la desconfianza. Llevaba más de diez minutos siguiendo al chico y después de un giro aquí y otro allí, había terminado en una especie de pasadizo que acababa en un muro alto que le cortaba el paso. Estaba en un callejón y del chico no había ni rastro. Dio una vuelta completa sobre sus talones y, confundida, miró a lo alto siguiendo la línea de los



dos edificios y también la del muro que la sitiaba. Tres paredes lisas, sin ventanas ni balcones; una de ellas se extendía por lo menos cien metros hacia arriba. Intentó tragar saliva para no dejarse ahogar por el miedo palpitante que le aplastaba el pecho, pero tenía la boca más seca que el desierto de Atacama.

Respiró hondo. Estaba en un callejón sin salida, uno de esos que una chica de su edad, tenía que evitar a toda costa. Era como los que salían en las películas en los que sabes que va a pasar algo malo sí o sí. Su instinto más precavido y receloso le gritó que saliera de allí. Dispuesta a obedecer a su subconsciente dio un paso atrás cuando, de repente, una sombra apareció a su lado. Abrió la boca asombrada, pero antes de que pudiera reaccionar, la mano perfecta y magullada en los nudillos del chico perfecto se aferró a su cuello y la empujó contra la pared lisa que le quedaba más cerca. El golpe fue seco y sus dientes castañearon al mismo tiempo que la mochila se le escurrió del hombro y cayó al suelo.

—¿Por qué me sigues? —articuló el muchacho en un tono amenazante, dejando su rostro y su boca a tan solo unos milímetros de distancia de la de Elia,

El chico fruncía el ceño y enseñaba los dientes en una actitud fiera, propia de un animal salvaje, repasándola con ojos predadores e intensos.

Haciendo fuerza, Elia intentó zafarse, pero fue inútil porque la tenía bien asida y le apretaba tanto la garganta que le costaba horrores respirar.

—¿Quién eres? —Volvió a preguntarle, acercándose todavía más, hasta el punto de que, incluso con el miedo que ella sentía, fue capaz de apreciar el aliento cálido de él estampándose contra la piel de sus mejillas.

Elia movió los labios, vocalizando su nombre sin voz que le diera sonido porque no tenía oxígeno suficiente. Empezó a ver chiribitas delante de sus ojos y fue consciente de que estaba a punto de desmayarse. Se estremeció, abandonándose a un destino que parecía inevitable, y entonces, cuando ya estaba a punto de rendirse, cuando notó que la flojera se apoderaba de sus piernas, pensó en su madre y en su hermano y un *¡No!* rotundo emergió de lo más hondo de su garganta.

En un parpadeo, la Elia confusa, tímida y doblegada por el pánico se hizo a un lado y fue el instinto de supervivencia el que tomó las riendas de la desastrosa situación. Respondiendo por fin a sus deseos, llevó sus manos entumecidas hasta la muñeca del chico. Quería



clavarle las uñas, quería obligarlo a que la soltara, pero antes siquiera de haberlo tocado, sintió, y juraría que también pudo ver un fuerte chispazo. ¿Un relámpago? Un ardor abrasador le calentó la piel. Gritó, pero más por la impresión que por el dolor y, como por arte de magia, la presión de su garganta desapareció, pudo llenar de aire sus pulmones y su cuerpo volvió a sostenerse sobre sus propios pies. Confusa y como si acabara de despertar de un mal sueño, alzó la vista del suelo y se encontró con la cara de sorpresa del chico que, aun con ese brillo peligroso en sus ojos, seguía pareciéndole perfecto.

«¡Ataca!», se instó con rotundidad.

No titubeó, ayudándose de la pared que había sido su prisión, tomó impulso y empujó con todas sus fuerzas, aplastando el pecho del chico con sus dos manos. Lo que sucedió a continuación la dejó estupefacta porque, igual que si el espacio tiempo se hubiera ralentizado, Elia contempló atónita cómo el muchacho salía despedido unos metros hacia atrás y rodaba por el suelo. Cuando dejó de moverse y alzó la barbilla, en la mirada perpleja que le dirigió destellaban millones de preguntas. Quizás las mismas que ella se hacía. ¿Cómo lo había hecho? ¿Cómo había podido empujarlo tan fuerte?

Negó con la cabeza sin comprender, respirando con tanta violencia que le dolía. Intentó tragar saliva, pero tenía la boca demasiado seca, demasiado abierta, demasiado de todo. Por si fuera poco, los oídos le zumbaban y el corazón le latía a un ritmo delirante. Se llevó la mano a la garganta dolorida donde su voz seguía escondida, incapaz de emitir sonido alguno.

Sabía muy bien que tenía que salir de allí cuanto antes, pero incluso después de todo lo que acababa de vivir y del miedo que sentía, algo en su interior le impedía reaccionar y además, tenía dudas que resolver, muchas. Elia inhaló con brío. El muchacho seguía en el suelo y la observaba fijamente, sin que pareciera tener prisa por levantarse.

«¿Quién eres?», era la pregunta que quería hacerle, la misma que él le había hecho a ella.

Armándose de valor, se agachó para coger su mochila y dio un paso al frente. No obstante, ni siquiera lo había culminado cuando escuchó un gruñido ronco. Sus alarmas internas saltaron alocadas, emitiendo un estridente pitido que iba acompañado de brillantes luces rojas. La boca se le desencajó al fijarse en la sombra oscura en la que centelleaban unos ojos que se clavaban en ella.

«¡No!».

No podía decir con seguridad si gritó o no, pero dadas las



circunstancias tampoco tenía relevancia. Despertando de aquella ilusoria realidad en la que se encontraba, Elia saltó a un lado y, sin concederse un segundo de reflexión, echó a correr hacia la salida de aquel callejón infernal. No se atrevió a mirar atrás para comprobar si había visto bien, si esa sombra había sido producto de su imaginación o si iba tras ella. Corrió y corrió a toda velocidad huyendo desesperada. Cuando la luz se hizo más vibrante e intensa, anunciando que volvía a estar en la avenida principal, no se detuvo; a grandes zancadas siguió corriendo y, como si fuera el miedo el que conducía su cuerpo y diera ímpetu a sus piernas, cruzó la calle. La estridente bocina seguida del chirriar de ruedas al frenar provocó que su cuello se girara con un golpe seco justo a tiempo de ver cómo un autobús se detenía a escasos centímetros de ella.

—¿Es que estás loca? —gritó el enfadado conductor. «*Joder, qué susto me ha dado*».

Muchas personas que paseaban por la calle se quedaron mirándola y le lanzaron pensamientos ofuscados. Escondiendo la cabeza entre sus hombros, ella evitó prestarles atención y, sin bajar el ritmo, siguió corriendo hasta alcanzar la boca de metro por la que no debería haber salido.

Entró en el vagón deteniendo su huida y repasó la entrada a la estación, cerciorándose de que el chico no la había seguido. Con el corazón todavía desbocado ocupó uno de los cinco asientos que había libres. Algunas personas la observaban con descaro, pero Elia no podía reprochárselo porque estaba casi segura de que su cara debía parecer la de una loca.

«A lo mejor es que lo soy de verdad», se dijo con temor.

Sentía los músculos ardiendo y por más que lo intentaba no lograba dejar de jadear como un perro sediento. Cuando el tren se internó en uno de los túneles, Elia aprovechó para mirarse en el cristal oscuro que tenía enfrente. Tal y como se imaginaba, no tenía buena cara. Aun en ese reflejo sombrío se advertía el terror estampado en sus ojos y la expresión horrorizada. Intentó calmarse, hacer que su ritmo cardíaco volviera a ser normal, pero era difícil. Cada dos por tres recordaba lo sucedido y se estremecía. Se masajeó las temblorosas manos y se peinó el cabello revuelto con los dedos. No entendía nada de lo que había ocurrido. Todo era muy irreal e incomprensible. El chico atacándola, el relámpago repentino al tocarse, el potente empujón, la sombra oscura y esos ojos centelleantes. Era como haber vivido una pesadilla de la que todavía no estaba segura de haber despertado.



«Soy una estúpida, una estúpida, una estúpida».

Se sentía peor que si fuera una estúpida, había cometido un error tan grave que podría haberle costado la vida y, sin embargo, algo dentro de ella saltaba de júbilo y hacía palpitar su corazón con fervor cuando la imagen del muchacho se superponía sobre los confusos acontecimientos. El mismo chico que la había agarrado del cuello y al que ella había empujado con todas sus ganas de una forma tan extraña que no estaba segura de cómo lo había hecho. ¿Por qué esos recuerdos la hacían estremecer, pero más de euforia que de temor? ¿A qué venían esas contradictorias emociones? Otra vez se enfrentó a su reflejo, pero en vez de verse a sí misma lo vio a él.

«¿Quién eres?».



¿TE ESTÁ GUSTANDO ESTA HISTORIA?

SI LA RESPUESTA ES SÍ, NO TE LO PIENSES, LLÉVATELA A CASA,

"AL OTRO LADO DEL DESTINO"

(#OTROLADODESTINO)

YA DISPONIBLE EN [AMAZON](#)

SIGUE A: @CAROLAVERC EN TUS REDES SOCIALES

NO TE PIERDAS LAS NOVEDADES DE LA ESCRITORA,
CAROLA VERCAIGNE, EN SU PÁGINA WEB:

<https://carolavercaigne.com/>



SI TIENES UN BLOG Y HAS ESCRITO UNA RESEÑA, ENVÍA EL ENLACE A TRAVÉS DEL
QUESTIONARIO DE CONTACTO DE LA PÁGINA WEB DE CAROLA.

